

Leonor Buenaventura de Valencia

Llevo a Ibagué en el alma



Por: Luz Angela Castaño González

Leonor Buenaventura de Valencia

El 2 de junio del 2007 murió en Ibagué Leonor Buenaventura de Valencia, poeta y compositora tolimense que dedicó su vida a la música, como lo muestra el importante legado de cerca de ciento veinte obras que dejó al Tolima y al país. Con ocasión del centenario de su nacimiento, Leonorcita, como muchos la llamábamos, recibió importantes homenajes de diversas instituciones y medios de comunicación. Uno de ellos fue el del maestro César Zambrano, director de la Orquesta Sinfónica del Tolima, quien dirigió un concierto con sus obras en el Teatro Mayor de la Universidad del Tolima. En él participaron el coro de Leonorcita en la interpretación de algunas de sus obras, y su nieta, la pianista Edna Boada Valencia, quien actuó como solista. También, la Orquesta Juvenil del Tolima del Colegio Amina Melendro ofreció el concierto de los docentes y alumnos del plantel, con la interpretación de varias de sus obras. A los homenajes asistieron sus hijas, Norma y Stella, Edna, su nieta, así como muchos de sus amigos y alumnos.

Es un consenso entre quienes nos aportaron a esta crónica, que Leonorcita era una persona amorosa y cálida, siempre con una palabra amable con los demás. Cuando uno se la encontraba en la calle, le clavaba sus ojos azules a su interlocutor con tal intensidad que la persona quedaba con la sensación de ser alguien muy importante en su vida y de que cualquier conversación tenía un sentido muy especial para ella. Sus compañeras del Conservatorio decían que era la persona que escuchaba y proponía soluciones.

En los años ochenta, Jorge Eliécer Barbosa, *Calixto*, la comenzó a llamar *La novia de Ibagué*, "...como homenaje a la entrega y amor por la cultura de esta iba-



Leonor Buenaventura Torres, 1916
<http://tinyurl.com/pulcgf3>

guereña... quien, desde muy temprana edad, dedicó su obra y vida a la Ibagué musical”, según recordaba Julián Varela en Facebook.

Leonor Buenaventura, descendiente de italianos, nació en Ibagué el 10 de mayo de 1914. Su abuelo materno, Nicolás Torres Vargas, un hombre muy adinerado, padre de María Esther Torres, madre de Leonorcita, era dueño de propiedades especialmente en la Calle Real, hoy Calle 10, en el sector de San Jorge y en los alrededores de la ciudad. Su tío, Roberto Torres Vargas, construyó el Teatro Torres, hoy Teatro Tolima. Su abuelo materno, el coronel José Joaquín de Buenaventura, hizo parte de la Campaña del sur con Simón Bolívar. Fue aficionado a la música y tocaba la guitarra.

Música y oportunidades

Leonorcita creció en una época de abundancia económica y de oportunidades culturales para la familia. Sus padres vivían en una cuadra donde los vecinos compartían el gusto por la música y la cultura. Al Teatro Torres, por ejemplo, llegaban compañías de ópera y zarzuelas, y presentaciones musicales de diverso tipo a las que los Buenaventura asistían.

A finales de los años veinte y durante la década de los treinta, Ibagué vivió una época de florecimiento cultural con la llegada de las migraciones extranjeras que buscaban un ambiente de paz y oportunidades económicas y sociales en Colombia. Ellas se establecieron también en Ibagué y otros pueblos del Tolima y significaron para los tolimenses, contactos importantes con otras culturas que enriquecieron el ambiente local.

Los italianos, relacionados especialmente con la agricultura y la música, vincularon el Conservatorio con las tendencias musicales mundiales, como señalaba Antonio Melo, y le imprimieron a la ciudad un ambiente de música y refinamiento importantes. Los libaneses, que entraron al Tolima por Honda y se distribuyeron por el Departamento, se dedicaron principalmente al comercio y a la agricultura; ellos importaban artículos para el hogar y los vendían por el sistema de crédito en sus almacenes. Fue notable la manera como se conectaron estrechamente a la vida del ibaguereño e hicieron de

Ibagué su tierra, hasta hoy, porque muchos de sus descendientes se quedaron en Ibagué. También llegaron a la ciudad, judíos, polacos y españoles, quienes se relacionaron especialmente con la agricultura. Fue esta la época de la llegada al país de los primeros carros, de los pianos y la mercancía que subían a lomo de mula o por el río Magdalena, hasta Honda. Con estas influencias, la ciudad adquirió también nuevos hábitos culturales e intereses empresariales.

En medio de este ambiente familiar, local y cultural lleno de música, Leonorcita comenzó a estudiar solfeo y piano desde muy niña en el Conservatorio. Luego, como solía suceder con las niñas de familias acomodadas, sus padres la enviaron a Bogotá para que cursara su bachillerato. Ella estudió en el Colegio San Façon, fundado a finales del siglo diecinueve y muy prestigioso en esa época. Fueron unos años de dedicación completa al estudio dado que estaba interna y solo regresaba a casa en las vacaciones de julio y diciembre. Del colegio, Leonorcita recordaba especialmente el énfasis en la literatura y la preocupación de las profesoras por el buen uso del lenguaje. Leyó mucho durante el bachillerato y, de modo permanente, recibió clases de piano.

Antes de terminar bachillerato, cuando Leonorcita tenía 17 años, su vida cambió radicalmente: su madre murió de tifo en 1931. Además, por la misma época, su padre, Juan Nepomuceno Buenaventura, *Puno*, como lo conocían en Ibagué, tuvo un enorme problema en sus negocios “por fiar”, como señala Edna, su nieta. En esa época se creía en la palabra empeñada y, con cargo a la confianza entre amigos y parientes, se cerraban negocios que, muchas veces, condujeron a pérdidas de grandes fortunas. *Puno* prestó dinero a un pariente para la compra de unas tierras y este



Los hermanos Buenaventura Torres, 1921.
De izquierda a derecha, Leonorcita, Olga,
José Joaquín, Mary, Germán y Gema, la bebé.

nunca le respondió por la deuda; perdió su patrimonio y no pudo recuperarse. Desde entonces, vivió de la renta de algunas propiedades que le quedaron en Ibagué, pero las entradas no eran suficientes para sostener a su familia de seis hijos. Por esa razón, Leonorcita regresó de Bogotá luego de obtener su grado de bachiller; tuvo que hacerse cargo de sus cinco hermanos menores, ayudarlos a formar y, cuando pudo, comenzó a trabajar mientras estudiaba.



Puno Buenaventura y su nieta Stella Valencia
<http://tinyurl.com/oskokmg>

Puno era muy sociable e inquieto intelectualmente. Stella Valencia recuerda a su abuelo como un hombre jovial, que tocaba el tiple al oído. Fue un militar destacado, amable, de mucha cultura, que alcanzó el grado de Coronel. Cuando terminó su carrera en el Ejército se desempeñó como Notario 2 de la ciudad. “Mi infancia y juventud fueron bastante acomodadas”, le contaba Leonorcita a Polidoro Villa, “pero después vino la pobreza”. *Puno*, su gran apoyo, murió en 1958, víctima de un cáncer.

Ibagué en los años cuarenta

Ibagué en los años cuarenta era una ciudad pequeña que no pasaba de los ochenta mil habitantes. Creció alrededor de la Plaza de Bolívar y el Parque Murillo Toro. La Plaza de Santa Librada, en la Calle Catorce con Carrera Tercera, funcionaba como un centro de servicios y comercio al detal pues a su alrededor quedaba el Cuartel, la Plaza de Mercado, y los graneros, cacharrerías y ferreterías sobre las carreras primera y la segunda. El Hospital San Rafael, hoy Clínica Tolima, ocupaba el mismo sitio actual. El comercio comenzó a agruparse entre dicha Plaza y el Parque Murillo Toro por la Carrera Tercera. En la Calle Diecinueve estaba ubicada la bella Estación del Tren y, alrededor de ella, se conformó la zona de los cafés. En la Calle Veintiuna estaba el Cementerio.

La ciudad terminaba en la Veinticinco con carrera quinta, en un sitio conocido como *Tres esquinas* porque terminaba en tres vías: Una era la salida para Bogotá; en dirección al Norte partía la vía a Armero y, por la otra, se entraba a Ibagué. Las familias tradicionales vivían en el marco de la Plaza de Bolívar y en las cuadras alrededor de esta y del Parque Murillo Toro. El único barrio residencial era La Pola y se comenzaba a conformar el Barrio Belén.

La vida ibaguereña transcurría alrededor de una sociedad pequeña y excluyente en la que algunos ciudadanos optaban por no bajar de la Calle Doce mientras que otros no se atrevían a subir más allá de la plaza de Bolívar. Gloria Valencia de Castaño, ibaguereña, en el 2011, en su respuesta a un homenaje que le rindieron la Universidad de Ibagué y la Fundación Musical de Colombia, señalaba que... “Ibagué era pequeña. Empezaba en la Plaza de Bolívar y terminaba en el Cementerio. Digo que empezaba en la Plaza de Bolívar porque mamá, que me llevaba allí una vez por semana, por lo menos cuando estaba chiquita, para hacer una peregrinación por la Carrera Tercera, la empezaba justamente en la Plaza de Bolívar, cuyos límites no pasé nunca. Yo jamás pasé hacia el barrio de La Pola. Jamás supe cómo era. Nunca caminé de esas calles hacia arriba. Allí vivían otras señoritas y yo estaba abajo del Colegio de La Presentación¹, abajo de la Oficina de los Correos y Telégrafos, abajo de la Policía... Era ese el caso de muchas niñas que, por una convención tácita, no se atrevían y no podían sentir la ciudad como suya”.

Esta era una sociedad muy cerrada de lugareños y migrantes que comenzaron a llegar a principios de siglo y después de la Segunda Guerra Mundial. Hacia los años cuarenta se inició la modernización de Ibagué, el desarrollo de la agricultura, la llegada de algunos ciudadanos españoles y las ideas refrescantes de los extranjeros que trajeron el comercio y nuevas costumbres. Las calles del Centro se ampliaron y surgieron nuevas construcciones. A la par, aumentó la población con el éxodo campesino que se produjo como consecuencia de la violencia política que se acrecentó en la década de los cincuenta y sesenta.

¹ El Colegio de la Presentación “de abajo” quedaba en la 17 con tercera.

Leonorcita vivió en la casa paterna de la Carrera 11 entre cuarta y quinta, hasta 1954. Era una casa grande de dos pisos con dos salidas, por la Once y por la Cuarta. Era “...una de esas casonas inmensas de antes... con jardines”. A los niños los cuidaban las niñeras; algunas de ellas tenían también hijos y todos crecían juntos. Las niñeras les contaban cuentos a los pequeños, sobre espantos, apariciones y leyendas del Tolima.

Era una cuadra de amigos muy solidarios, como si fuera una sola casa para todos. Los vecinos hacían tertulias musicales y literarias o jugaban parkés juntos. En la misma cuadra vivía don Rafael Díaz Martínez, un personaje ibaguereño solitario pero cordial; Jorge Pinzón, coleccionista de monedas de gran talento y creatividad para trabajar con las manos; Joaquín Buenaventura, hermano de nuestra compositora; Manuel José Álvarez Angulo, comerciante ibaguereño; las señoritas Tovar; Luis Ernesto Bonilla, médico y melómano, cuya amistad con la familia Buenaventura fue permanente a través de la música. Era como una familia grande de vecinos que vivían en medio de mucho afecto y en paz. En la cuadra también vivía el gobernador Gilberto Polanco y, durante su gobierno (1953), se hizo costumbre que la Banda Departamental ofreciera una retreta² semanal frente a la casa del mandatario. También estaban las retretas de los jueves y domingos a la que todos asistían: “...Yo adoro las bandas porque nací al arrullo de la Banda Departamental”, le contaba Leonorcita a Humberto Galindo, músico e investigador del Conservatorio.

A principios de los años cincuenta, Leonorcita pudo comprar un piano, que le costó mil pesos, el mismo que hace unos meses sus hijos donaron a la Universidad del Tolima. Ya con su piano en casa, Leonorcita pudo comenzar a componer la música de tantos poemas que había escrito, así como la de algunos de *Puno*, su padre. Para nuestro personaje, los años cuarenta y cincuenta tal vez constituyeron la época más dura que vivió. Su labor en el Conservatorio era muy demandante, de trabajo estresante, recursos insufi-

² Las retretas eran conciertos populares al aire libre con instrumentos de viento. Respondían a una tradición española y se desarrollaban en los parques, en quioscos construido para el efecto. En el caso de Ibagué, estaban a cargo de la Banda departamental y se llevaban a cabo en la Plaza de Bolívar, en el Parque Murillo Toro o en el Parque de Belén. Los dos últimos parques contaban con quioscos para las retretas, que desaparecieron con las remodelaciones.

cientes, un salario bajo y poco reconocimiento por parte de las directivas. A pesar de estas condiciones adversas, mantuvo su motivación por la música, el trabajo y la dedicación total a los niños y a la docencia. De hecho, canalizó la soledad y tristeza que vivía en sus poemas y composiciones. El día apenas le alcanzaba para trabajar, atender a la formación de sus tres hijos y tener listas las obligaciones de la casa que recaían sobre ella, no solo porque Gonzalo, su marido, apoyaba poco con las tareas familiares sino porque se esperaba que fuera la mujer quien las asumiera.

Posibilidades de surgir y salir adelante con su música no fueron muchas, entre otras razones porque, en esa época, pocas eran las oportunidades de estudio y trabajo para una mujer, aparte de trabajar como secretaria o maestra; ella dedicó su vida a la segunda opción. Sin embargo, el maestro Squarchetta³, a principios de los años cuarenta, le ofreció una beca de estudio por cinco años en Italia. Ella lo pensó con detenimiento aun sabiendo que no la podía aceptar. Sus tres hijos y su marido la necesitaban. Así, pasó treinta y siete años de su vida dedicada a la docencia y a la formación musical de las nuevas generaciones de tolimenses; a escribir poemas, villancicos y cuentos que musicalizó y que el Banco de la República, bajo la gerencia de Polidoro Villa, publicó en el libro llamado *Canciones infantiles*.

Pero no todo fue tristeza. Tuvo muchas alegrías, aunque incompletas, en su vida personal. Dicen varios de los entrevistados que Leonorcita era la mujer más bella de Ibagué. “Todos estábamos enamorados de ella” decían algunos. El piedracielista Arturo Camacho Ramírez, poeta, bohemio y periodista, fue uno de sus amigos y enamorados, según nos cuenta Isabel Camacho, su hija: “Además de muy bella, era inteligente, educada en lo artístico y con una linda voz, cualidades que la hacían muy atractiva”. Se veían en las vacaciones cuando él venía a Ibagué, a casa de sus papás y hermanas, y compartía la vida ibaguereña que giraba alrededor de la Plaza de Bolívar.

Fue una amistad tan entrañable, decía Isabel, que “...papá, cada vez que estaba molesto por algo en la casa, amenazaba con irse a vivir con Leonor

³ Alfredo Squarchetta, italiano, compartió la dirección del Conservatorio con el maestro santandereano Gustavo Gómez Ardila en 1937, luego de la muerte del maestro Alberto Castilla.

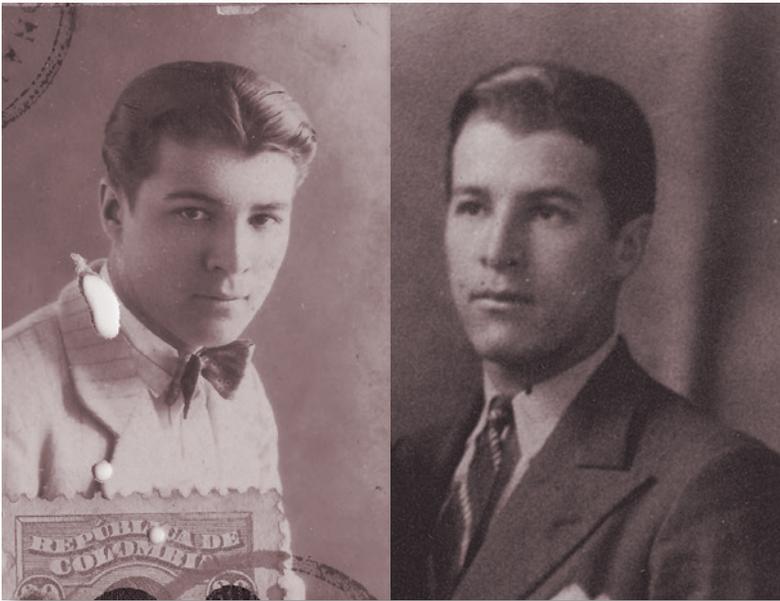
Buenaventura”. Frente a esta repetida advertencia, Olga Castaño Castillo, esposa del poeta, le respondía que podía irse a vivir con “su Leonor Buenaventura”. Ahí terminaban las discusiones de este poeta consentido quien, un día, invitó a su esposa a Ibagué a conocer a Leonorcita. Las dos señoras se hicieron muy amigas. Con su cortesía de siempre, Leonorcita señaló: “Saliste ganando, Arturo”, una vez, cuando ya ellas habían desarrollado una buena amistad porque coincidían en sus intereses intelectuales y epistolares. Intercambiaron cartas por mucho tiempo, que Isabel aún conserva.

El poeta Camacho le compuso *La niña de los dos océanos*, en referencia a sus grandes ojos azules: ...”Niña de los dos Océanos / Nunca nos encontraremos. / Ya en tus ojos se perdió / La Atlántida de mi ensueño. / Ya se cayó de mis labios / La media luna del beso, / Rodando sobre tu mano / Hecho de luz y silencio...”. Leonorcita compuso la música a este poema en aire de pasillo. Pero, como ella también era poeta, muy pronto le envió su respuesta, el poema *Mientras tú andas de prisa, yo voy contando luceros*: “Yo me fui andando de prisa /tú contaste los luceros. / Ellos cambiaron de ruta /adentrándose en tu pecho / para luego irse escapando /en una lluvia de versos / que han coronado de orgullo / a mi raza y a mi pueblo”. Su amistad duró un tiempo largo, hasta finales de la década de los ochenta, muy cerca de la muerte del poeta, en 1982. Posteriormente, cuando los hijos del poeta Camacho Ramírez donaron su biblioteca a la Universidad de Ibagué, Leonorcita asistió al acto de entrega, con su coro, en un concierto que ofreció en homenaje a su amigo.

El amor de su vida fue un marino llamado Jaime Barrios, que navegaba por el Río Magdalena. Vivieron un romance y hablaron de matrimonio pero el barco encalló y, él, no solo no se comunicó con ella sino que no llegó en la fecha acordada. A él le compuso *Yo sé que volverás*: “Jamás podré olvidar / la noche cruel de tu partida. / Y no tengo el valor / Para sufrir tal decepción. / Yo sé que volverás / mi recuerdo te persigue. / Donde quiera que vas / irá también mi corazón”.

Mientras tanto, conoció a Gonzalo, un manizalita, alto, simpático, bueno, elegante y con una bella voz de tenor. Gonzalo llegó a Ibagué a hacer una audición para vincularse al Coro del Tolima, del que Leonorcita era soprano

primera. La enamoró su porte: “A mí siempre me llamó mucho la atención la armonía de una figura”. Sin embargo, Ligia de Barreto, su amiga del alma, con su eterna simpatía, nos cuenta otra versión: “Leonorcita se enamoró del sombrero primero y luego, de la voz de Gonzalo. Un día, al pasar por la Sala de conciertos, vio un sombrero muy lindo encima del piano. Al preguntar a quién pertenecía, se fue a buscar al dueño que estaba haciendo una audición. Fue amor a primera vista y el marino quedó en el olvido”. Gonzalo y Leonorcita se casaron en Manizales en 1938 y organizaron su nueva vida en Ibagué.



Gonzalo Valencia. Colección privada. Familia Valencia Buenaventura.

Sin embargo, Gonzalo no fue un hombre tierno y tampoco se ocupó mucho de trabajar y cultivar su voz. Más bien era despreocupado, “locho y buenavida”, según contaban algunos ibaguereños con quienes conversamos. Cuando ganaba algo, lo gastaba en sí mismo y en sus rumbas; su *tinteadero* era el Café Grano de Oro. Decía Leonorcita en *Momentos de una vida*, publicado en Aquelarre, “Resolví trabajar pues mi amado estaba siempre taciturno y silencioso; parecía que no sentía mi presencia y yo pensaba que quizás la carga de los niños era dura para él y las preocupaciones le robaban la ale-

gría de vivir nuestro cariño”. Luego llegó el desamor y ella lo expresa cuando señala: “Han pasado varios años. El silencio de mi amado fue creciendo hasta hacerse más grande que mi amor... Él lee distraídamente la página de un diario; no levanta siquiera sus ojos para verme llegar”. Agrega que, cuando sus hijos se fueron, ella quedó sola con su sombra, que siempre la acompañó aunque, en el momento, las dos, ella y su sombra, “sentimos frío dentro y mucho cansancio”... su sombra que, un día, también la abandonaría.

Frente a las dificultades familiares y a un ambiente tenso de trabajo, Leonorcita, con su extrema sensibilidad, dulzura y capacidad de amar, se aferró al trabajo y encontró refugio en sus hijos, en los niños, los alumnos y compañeros de trabajo. Una de sus alumnas sostenía que si uno quería definir la música de nuestra compositora, podía afirmar que la enfocaba hacia el amor; hacia la tristeza por la poca posibilidad de recibir afecto o a la alternativa que encontró de volcarlo en los demás. Era esa su forma de expresarlo. La música le sirvió para acoplar asuntos de vida que no armonizaban. Era como el punto de resolución de las tristezas y frustraciones. Se concentraba tanto en la música que lo demás resultaba secundario.

Leonorcita era muy suave pero también, muy energética cuando era necesario. En esa época, las mujeres toleraban matrimonios poco satisfactorios porque no era bien visto separarse. No obstante, ella tuvo la energía suficiente para desarrollar un proyecto de vida interesante y satisfactorio dentro de las pocas oportunidades abiertas para la mujer, a pesar de las dificultades familiares y profesionales, y ejerciendo una profesión muy difícil y con poco reconocimiento social. Sin embargo, logró visibilidad y un prestigio importante en el país.

La formación de los niños

Como ya señalamos, el vínculo de Leonorcita con el Conservatorio se inició desde muy niña, cuando sus padres la llevaban a los conciertos. Luego, cuando comenzó sus estudios de primaria en el Colegio de la Presentación, también abordó sus estudios musicales en el Conservatorio, primero con su prima Isa-

bel Buenaventura, pianista, poeta y compositora tolimense de principios del siglo veinte y, luego, con la maestra Islena Vela quien, en medio de divertidos juegos infantiles, desarrollaba en los niños su sentido musical y rítmico.

Cuando regresó de Bogotá, después de haber culminado el bachillerato, continuó estudios de solfeo, piano avanzado y obtuvo su grado en música. Más adelante, recibió cursos de composición, armonía y dirección coral con algunos de los maestros italianos vinculados al Conservatorio. Ellos la formaron con disciplina y rigor bajo una metodología de mucha exigencia hacia los estudios musicales, que ella incorporó como propia. Como en ese tiempo Leonorcita todavía no tenía un piano, estudiaba en casa de sus primas Torres que, como todas las familias adineradas, sí contaban con un piano en casa para que las niñas lo interpretaran en las reuniones sociales.

Leonorcita comenzó a trabajar como profesora de piano y canto a finales de la década de los treinta. Se inició en *El Muñequero*, que así se llamaba la sección infantil del Conservatorio. En 1944 la nombraron maestra de piano complementario. En 1946 obtuvo el cargo adicional de acompañante de la clase de ballet y danza. En el 48 asumió como asesora del profesor de ballet y, desde 1954, además de continuar su tarea de profesora de piano, ejerció como asesora del Coro del Tolima, jefe de sopranos primeras, acompañante de solistas y profesora de canto coral. Eran responsabilidades muy grandes que ocupaban todo su tiempo. A Gonzalo lo nombraron tenor solista del Coro en 1949 y permaneció como tal hasta la década de los setenta.

El Muñequero lo creó la maestra Josefina Acosta de Varón, quien llegó a Ibagué en 1936 luego de haber hecho estudios musicales en Barcelona. Ella le enseñó Dirección de Coros a Leonorcita y, en 1938, le cedió la dirección del grupo.



1938 Coro Infantil *El muñequero* dirigido por la señorita Leonor Buenaventura. Colección privada. Familia Valencia Buenaventura

Este era un coro infantil compuesto por cerca de treinta niños y niñas de cuatro a once años, con capacidades académicas y posibilidades de comprar su instrumento. Los niños cantaban a tres voces, con texturas contrapuntísticas interesantes, decía una maestra de música. Leonorcita estuvo al



1938. Conservatorio del Tolima. Al centro, de pie, los maestros Josefina Acosta de Varón y Alfredo Squarcetta. Sentada, Leonor Buenaventura, quien ya estaba a cargo de la dirección del *Muñequero*

frente de *El Muñequero* durante diez años hasta cuando el grupo se disolvió porque se eliminó la cláusula que definía, como requisito para pertenecer al coro, recibir también clase de instrumento. Al eliminar este requisito, poco a poco, los niños dejaron de asistir.

El Muñequero fue la posibilidad que tuvo Leonorcita de reconocerse como maestra talentosa y descubrir su habilidad especial para atraer a los niños hacia la música. Disfrutó cada clase y quiso mucho a sus alumnos. Al respecto, le decía a Humberto Galindo que “Lo único que sé es que me sentí capaz de hacerles amar la música y lo logré. ... Antes que ser una supertécnica, he pensado que los niños deben ser felices como yo lo fui pudiendo cantar”.

Su tarea de maestra de música la ejerció con el entusiasmo, la dedicación y la responsabilidad con la que una buena formadora de jóvenes ejecuta su labor. Es más: sus problemas personales y profesionales desaparecían mientras ella dirigía frente a los niños. Más que un trabajo, era un modo de vida, una terapia y una razón de vivir.

Su poesía

Leonorcita estuvo en contacto con la poesía toda la vida porque su tío, Roberto Torres Vargas, era poeta y autor de varios libros, uno de ellos publicado en Argentina en 1949. Además, *Puno*, su padre, también lo era y él ejerció una influencia decisiva en su orientación literaria. De hecho, *Puno* era re-

pentista, es decir, reaccionaba en verso con la palabra justa para la situación del momento, en nuestro caso, de la vida de Ibagué. Por ejemplo, frente a las dificultades que se presentaban en el Conservatorio con una profesora de historia, Puno escribió: “...Es catedrática de historia clásica / de cierta música que no aprendió. / Y todo el público, lleno de pánico / pregunta atónito ¿Quién la nombró?”. Y, en un poema que escribió con motivo del Día de la Raza, subrayaba: “¿Qué Colón nos descubrió? / Es calumniar a los muertos, / porque cuando él arribó / a América nos halló / totalmente descubiertos.”

Otra influencia importante fue su colegio de bachillerato, el San Façon, en Bogotá, pues la educación que recibía hacía mucho énfasis en la enseñanza del español. En el comedor del internado una de las alumnas leía en voz alta mientras las niñas comían y, cuando aparecía un término desconocido para entender el contexto, la lectura se detenía mientras este se explicaba. También, en el colegio se promovía el amor por la lectura y la literatura. De otro lado, Leonorcita era muy observadora; tenía talento para imitar voces y expresiones de las personas; conservó muy buena memoria hasta el final y recordaba con precisión, detalles de la vida de Ibagué.

Hay que recordar también que Leonorcita creció en ese ambiente de recitales de poesía y música, de actividades literarias, improvisaciones, risas y amigos. Le encantaban las reuniones de vecinos de cuadra y las retretas del Parque, a las que asistía con su padre. Ella le decía a Polidoro Villa que “...A Ibagué le debo lo que hago. Mis canciones me las ha inspirado mi tierra, mi gente; ellos no han hecho sino dictarme las cosas. Yo no tengo ningún mérito. Es mi tierra, es mi gente, es mi raza”.

Desde pequeña escribía y su padre la animaba a hacerlo. Luego, registraba sus angustias, su soledad y la dura vida personal y laboral que vivió. Gran observadora, veía un poema detrás de las escenas cotidianas. Por ejemplo, una vez, en el Espinal, en un encuentro con las niñas que venían de la comunidad de la Chamba a vender las ollas de barro, compuso *La Alfarera*. En esas niñas campesinas vio “el estilo de la calentana, los ojos color de miel, la tez trigueña, dorada, tostada por el sol, hermosa como la arcilla de su ollitas; y el paisaje y el arte de la alfarería”.

También se involucró con sus poemas en el ambiente de protestas sociales de los años sesenta. Cuando compuso *La Guerrillera*, en 1962, señalaba en el artículo de Polidoro Villa en Aquelarre que “yo tengo que escribir esta historia para que vean que a la gente humilde, a la gente sencilla, no se la puede tratar con violencia.” Era la historia de Lola Contreras, una joven campesina víctima de la violencia de los años cincuenta. Luego de que “los heraldos de la muerte” acabaran con su familia, dice el poema, “Desde aquella noche horrenda / en que huyó de su casita / cambió su traje de encajes / por la vieja carabina/ Y se fue pa’ la montaña / a pelear con la guerrilla...” Con *La Guerrillera* concursó en el XVI Festival de la Canción de Villavicencio. Le fue bien pero no ganó porque los jurados pensaron que la canción mostraba un “corte político”, que no consideraron compatible con el arte.

El porro *Ibagué* lo escribió en 1970 cuando por primera vez fue a Cartagena y conoció el mar. Frente al monumental espectáculo que presenciaba, le escribió ese poema a Ibagué “para consolar a mi tierra, para quererla más, para que su letra y música reemplacen esa ausencia de mar”. Muchos poemas los creó “de un solo jalón”. Por ejemplo, en 1980, escribió *¿Por qué?* como reacción a la violencia que se vivía en la época: “...No extermines a tu hermano / no destruyas su familia. / Vuelve más bien tu fusil / contra el que a tu patria humilla. / Deja el brazo colombiano / para que disperse la semilla. / Para que canten los bosques, / para que brote la vida”.

En 1949, el Coro del Tolima viajó a Cuba a atender una invitación del Gobierno de la isla. En ese entonces, el Estado cubano buscaba sensibilizar la comunidad hacia la cultura local y latinoamericana y, para lograrlo, invitaba organizaciones culturales nacionales y extranjeras a mostrar su cultura a los isleños. En ese viaje, las directivas del Conservatorio alojaron a hombres y mujeres en lugares separados. El viaje incluyó parranda, juego, trago y lujos también para algunos de los miembros del coro. Gonzalo, entre ellos, “se perdió” y, durante quince días, no fue a ver a Leonorcita. Ella, en su dolor, escribió el poema *Dime la verdad*, del que el maestro César Zambrano afirmaba que él le agradecía a Gonzalo que le hubiera puesto *los cachos* a Leonorcita, pues había hecho posible que muchos pudieran disfrutar de su composición: “Dime la

verdad, / ¡Dime la verdad! ¡No puedo creerlo! / Que amándote así, / me vas a engañar. / Si tu amor por mí, / si mi amor por ti, / no llena tu vida, / no me finjas más, di la verdad. / Este amor que te di, era grande y sublime, / siempre en ti tuve fe, / y eso me hizo feliz. / No quiero que me beses, no quiero que me mires, / porque en tus besos hay, porque en tus besos vi, /reflejos de otro amor. / “

La compositora

Leonorcita obtuvo su grado en Música con el maestro griego Demetrio Haralambis, quien dirigió el Conservatorio entre 1944 y 1945. En esa época no existían cátedras de Composición y la formación en el tema se limitaba a cursos cortos que tampoco se certificaban. Componer se consideraba como una habilidad innata, una manera de crear. Los músicos italianos que vivían en Ibagué en los años cuarenta y cincuenta, Alfredo Squarcetta, Nino Bonavolonta, Cesar Ciociano y Giuseppe Galeano, entre otros, notaron su capacidad para componer y la animaron. Con ellos estudió armonía, composición y dirección coral. Varios les hicieron arreglos a algunas de sus creaciones e incorporaron al repertorio del Coro del Tolima obras como *Vuelve, Ibagué* y *Yo vide unos ojos negros*.

Para ellos, un aire como el bambuco no era fácil de entender. De hecho, mirando las texturas de los arreglos al Coro, dice Edna, solo Alfredo Squarcetta le tomó la célula rítmica al bambuco. Los otros los interpretaban como pasillos. Algunos de los bambucos a los que les hicieron arreglos fueron *La ibaguereña* y *Qué linda que está la tarde*. En la medida en que ella se dio cuenta de su talento musical y vio que sus obras se difundían, también se entusiasmó por seguir creando y componiendo.

La muerte fue un tema constante en sus composiciones. Era el momento en el que se quedaría sola y comenzaría un camino nuevo, con un rostro “color de niebla”; un camino “que produce un frío quizás más fuerte del que siento ahora dentro de mí, pero más sereno, más pausado y, tal vez, más suave...”. Así escribía en su diario. Y, mencionaba con frecuencia uno de sus poemas favoritos, *No son los muertos*, del poeta payanés Antonio Muñoz

Feijoó (1851-1890): “No son los muertos / los que en dulce calma / la paz disfrutan en la tumba fría. / Muertos son los que tienen / muerta el alma / y viven todavía. / ...La vida no es la vida que vivimos. / La vida es el honor y es el recuerdo. / Por eso hay muertos / que en el mundo viven / y hombres que viven / en el mundo de los muertos.”

Muchas de sus obras las compuso cuando sintió el impulso y la necesidad de hacerlo pero, como el proceso creativo es lento, las guardaba para musicalizarlas días y meses después, a veces años, cuando adquirió su piano y pudo quitarle tiempo a sus obligaciones. Por ejemplo, *La ibagueña* la escribió en 1947 en homenaje a su hermana Olga, que había muerto en 1939.

La importancia de Leonorcita reside en que no solo era la autora, es decir, quien escribía la letra de las canciones, sino que componía la música de sus obras. Su poesía era muy sencilla y profunda a la vez. Tenía una forma fácil y espontánea de escribir que resultaba atractiva para los niños.

Su época de reconocimiento nacional

En la década de los cincuenta, Leonorcita ya era una compositora conocida en el ámbito nacional. Brilló en la época en la que la música andina se identificaba como la *Música colombiana*. En 1963, la casa Daro le grabó un disco con una decena de bambucos y guabinas que había compuesto hasta la fecha, con obras como *La Ibaguereña*, *Café suave de Colombia*, *Qué linda que está la tarde*. A partir de entonces, se dedicó a escribir y seguir componiendo. Sus temas los recogía de la vida diaria: del encuentro con alguien, de una noticia de la radio, del impacto que un viaje le producía, del esplendor de la puesta del sol o de la frescura de las cinco de la tarde en Ibagué.



Portada del disco LP grabado por Daro Internacional.
La bailarina es Norma Valencia Buenaventura,
hija de Leonorcita

Aunque participar en concursos no era su prioridad, cuando se crearon los premios nacionales de Composición, ella concurrió con sus obras. Por ejemplo, En 1956, obtuvo el Primer premio nacional de música colombiana en Manizales, con la obra *Yo vide unos ojos negros* (1957), una canción que compuso “para un amor que yo sentí muy hondo. Un amor muy especial en mi alma”: “Yo vide unos ojos negros / a través de mi ventana / unos ojos que al mirar / parecía que me quemaban...Era de bronce aquel hombre / de tan extraña mirada / y al clavar en mi sus ojos / me ha dejado enferma el alma”.



Leonorcita recibe el primer Premio Nacional de Música Folclórica en Manizales, enero de 1956, por su canción *Yo vide unos ojos negros*. <http://tinyurl.com/lzhmyjo>

Con Matilde Díaz y Lucho Bermúdez vivió una entrañable amistad. Matilde, también tolimense, oriunda de Icononzo e intérprete de música folclórica y popular, actuaba como voz principal en la orquesta de su esposo y compositor, Lucho Bermúdez. Ella había conocido a Matilde en la década de los sesenta durante las fiestas del folclor, cuando Leonorcita apoyaba el Festival en la organización de los eventos musicales. Matilde Díaz y Lucho Bermúdez le grabaron el bolero *Yo sé que volverás* y el porro *Ibagué*, con arreglos

del Maestro y la interpretación de Matilde Díaz, y le ayudaron a difundir algunas de sus obras en el ámbito nacional.

Otros intérpretes y grupos han escogido obras de Leonorcita para incluir en sus discos, como señala Humberto Galindo. Entre ellos están Víctor Hugo Ayala, Garzón y Collazos, Los Sureños, Viejo Tolima, Los Inolvidables, Tierra Caliente, Cantatierra, el Coro del Tolima y el Coro Infantil de Colcultura.

Una de sus grandes satisfacciones fue su participación en el Coro del Tolima como soprano y jefe de grupo. Con el coro hicieron giras a Cuba, Guatemala, Estados Unidos y dos veces a Europa. Las presentaciones incluyeron en los repertorios algunas de sus canciones con arreglos a ocho voces. En una gira que hicieron a Cartagena, compuso el porro *Ibagué*. Los viajes le aportaron ideas para sus poemas y encontró siempre mucho afecto entre sus integrantes.



Leonor Buenaventura y Matilde Díaz, dos mujeres que le dieron brillo a la música nacional.
<http://tinyurl.com/mpamkvo>



Década de los cuarenta. Coro femenino del Conservatorio. Leonor Buenaventura de pie, primera de derecha a izquierda. Colección privada. Familia Valencia Buenaventura.

Dos de las obras de Leonorcita, en diferentes épocas y por mucho tiempo, se cantaron en los actos oficiales de Ibagué y se consideraron como los himnos de la ciudad. Una fue el porro *Ibagué*, (1964): “Quien no te conozca, / que venga hasta aquí, / ciudad embrujada, / no vuelve a salir/”. El otro, compuesto mucho antes, es el bambuco *La Ibaguereña*, que también se interpretaba al iniciar muchos actos oficiales y privados y que llena de emoción a quienes viven fuera de su tierra.

Después del Conservatorio

Cuando Leonorcita se pensionó, se retiró del Conservatorio en medio del dolor de quien sale un día de su trabajo, sola, camino hacia su casa, con una bolsa en la mano con los elementos de trabajo que vació del cajón del escritorio, y que sabe que no habrá un mañana para ella en la institución. Pero, para una persona que ya se había ganado un espacio en la ciudad y en la región, su trabajo continuaba. Luego de retirarse del Conservatorio tuvo muchas propuestas y comenzó una etapa de gran creatividad: Trabajó en la Escuela Normal de Señoritas y en el Colegio de las Mercedes. El contacto con los niños, sus nueve nietos y las posibilidades de contar con más tiempo la motivaron para dedicarse a componer villancicos, misas, bambucos, pasillos, zarzuelas para niños, canciones infantiles y boleros.

En forma paralela, y por cerca de siete años, ejerció una importante labor pedagógica en la Biblioteca Darío Echandía, bajo la dirección de Polidoro Villa. Nos contaba el Director cómo Leonorcita desplegaba un encanto especial entre los pequeños que asistían al programa para niños en las tardes en la Biblioteca. Ellos se divertían mucho, atendían sus enseñanzas y los podía disciplinar al minuto cuando era necesario. “Era mágica dirigiendo a los niños”, señalaba Polidoro. Además, en la época navideña, cada año también organizaba las novenas y los coros con los hijos de los empleados del Banco.

El libro *Canciones Infantiles* (1989), que publicó el Banco de la República con el apoyo del Sena, la Universidad de Ibagué y otras entidades, es un archivo completo de las partituras que componen su obra. La conforman

más de ciento treinta composiciones que ella creó durante su vida. Ella dedica el libro “A los niños de mi tierra colombiana y a los niños del mundo...”. Son canciones “...tejidas con el hilo dorado de la fantasía al calor de mi corazón para que nunca dejen de ser niños y nos ayuden a amar y a convivir”.

La idea surgió, precisamente, por el entusiasmo que Leonorcita le imprimía a su tarea con los niños en el Banco y por dar a conocer la belleza de la obra dirigida a los más chicos, en una época en la que poca era la producción musical dirigida a ellos. Se preparó una edición de trescientos ejemplares que se distribuyeron en las salas de música del país. El libro se agotó rápidamente, pero no así el interés por la obra de esta compositora nuestra que vivió con un propósito en mente: servir al Tolima a través de su música.

En el 2004, Leonorcita le contó a Cecilia Correa, funcionaria de la Universidad de Ibagué, que una de sus mayores satisfacciones sería la de poder grabar un disco, “uno de esos” le decía a Cecilia, “que vienen dos pegados”. Cecilia habló con Leonidas López, rector de la Universidad, quien ya conocía sobre ese deseo de nuestra compositora y ellos presentaron un proyecto a Colciencias, entidad que financió las mil copias de dos CD de sus obras. La producción estuvo a cargo de la Universidad de Ibagué y la dirección artística la realizó su nieta Edna Boada. El coro de Leonorcita interpretó las obras y el lanzamiento de los discos se llevó a cabo en el Teatro Tolima.

A la par con toda esta actividad musical, Leonorcita creó su *Coro Leonor Buenaventura de Valencia* en la década de los ochenta. Lo conformó primero con sus compañeras del Conservatorio y, luego, con las amigas de sus hijas Stella y Norma, quienes formaron siempre parte del grupo. Eran doce personas que se reunían rigurosamente a ensayar los sábados por la mañana. Leonorcita las recibía en su casa con toda su dulzura, muy arreglada, “como un pino”, según contaba Consuelo Torres de Chávez, y con un jugo de frutas que les fascinaba. Después se transformaba: Comenzaba el ensayo con el rigor y la disciplina que ella le imprimía a su trabajo.

Ella dirigió el coro hasta el 2003, cuando Edna, su nieta, asumió la codirección para efectos de la grabación de los dos discos de sus obras. Luego del lanzamiento, Edna siguió en la dirección del Coro por un tiempo corto. Hoy,

el Coro se llama *Rondalla Ibaguereña*. Las mismas integrantes continúan en la Rondalla, con un gran espíritu de grupo y con el propósito de no dejar morir el recuerdo de su Maestra. Por eso, su trabajo gira alrededor de la obra de Leonorcita: Interpretan su misa, sus canciones infantiles y los villancicos en época de Navidad. Para las integrantes de la Rondalla, encontrarse los miércoles ya hace parte de sus vidas, como me contaba Consuelo Torres de Chávez. Es una muestra de amistad, de amor por la música y por su Maestra.

Nuestra poeta y compositora terminó su carrera como docente de las niñas del Liceo Especial, en el 2005. Decía Diana Lucía Peña en Facebook que “Sentí mucha tristeza por su partida, pero me siento orgullosa de haber pertenecido a su coro infantil del Liceo Especial. Aún recuerdo algunas de las canciones que entonábamos en esa época, en los concursos y en las misas de la Catedral. ¡Gracias a ella amo la música colombiana...! Ojalá se publiquen y se escuchen todas esas lindas canciones, para que su reconocimiento se extienda a toda Colombia”.

En ese mismo año, la ministra de Cultura Consuelo Araujo condecoró a Leonorcita con la Orden del Mérito por el trabajo de toda su vida al servicio de la cultura tolimense. El galardón le fue entregado a nuestra compositora en un bello concierto en el Conservatorio.



2005. Conservatorio del Tolima. Ministra Consuelo Araujo y Leonor Buenaventura. Homenaje Honor al Mérito. Ministerio de Cultura. Colección privada. Familia Valencia Buenaventura.

Sus últimos años

Hasta unos pocos meses antes de su muerte, Leonorcita estuvo activa componiendo y apoyando a los demás. Recibía amigos en su casa con una copita de vino dulce y galletitas e interpretaba para ellos alguna de sus composiciones al piano.

Esta mujer valiente, trabajadora, persistente y comprometida consigo misma y con su pueblo también se preparó para sellar su vida como mejor podía hacerlo: Con un poema. Leonorcita escribió *Un día* muchos años antes de su muerte pero, claramente, hacía alusión a ese día que inexorablemente nos llegará a todos. El 5 de abril de 1995, Leonorcita le envió el poema a Polidoro Villa con una nota en la que le pedía “un gran favor”: “Cuando llegue el día de ‘mi gran viaje’, has que sean publicadas estas estrofas sencillas que te envío porque, con ellas, quiero despedirme de mi familia, de mis amigos y de toda la gente del Tolima para decirles adiós. Los quiero mucho y no los olvidaré jamás. Perdona la molestia que te causo, pero es a ti a quien deseo confiar esta misión.”

Nuestra querida compositora se refería a ese día cuando “...Desplegaré mis velas / Y en un barco de nubes / me iré a la inmensidad...”. A pesar de su intención inicial, ella misma leyó el poema en el homenaje *Honor al Mérito* que le ofreció la Ministra Araujo en el Conservatorio en el 2005, por su labor a favor de la cultura nacional:



El Nuevo Día. <http://tinyurl.com/oltovts>

Un día

Poesía de: Leonor Buenaventura

Un día no lejano
Desplegare mis velas
Y en un barco de nubes
Me iré a la inmensidad

Y llevare conmigo
Las cosas que más quiero
Que nadie en el mundo
me pudo arrebatar.

Levare en mis pupilas
Los paisajes hermosos
Y los rostros de aquellos
Que me dieron su amor.

Y no sentiré frío
Porque llevo en el alma
De sus dulces caricias
El divino calor.

Me llevare el recuerdo
De mis seres amados
Una ánfora de besos
Y un collar de ilusión

Y la flauta sonora
Que cantó mi alegría
Y la dulce ocarina
Que cantó mi dolor

Y llevare conmigo
Pues no puedo dejarlo
Aquel cofre dorado
con destellos de sol.

Donde guardo celosa
La luz de las sonrisas
Las palabras sinceras
Y un recuerdo de amor

Y a cambio de estas cosas
Que todos me habéis dado
Y que nadie en el mundo
Me pudo arrebatar.

Dejare en mis canciones
Cual puñado de estrellas
Una inmensa ternura
Con aromas de azahar

Agradecimientos

Muchas gracias a Manuel José Álvarez, Ligia de Barreto, Hernando Bonilla, Floriberto Cardona, Isabel Camacho, Enelia Caviedes, Consuelo de Chávez, Cecilia Correa, Jaime Corredor, Hernando Hernández, Clarita de Lucena, Rocío Ríos, Aída Saavedra, Ligia Vargas, César Zambrano y El Nuevo día. De gran utilidad fueron los trabajos escritos por Humberto Galindo en *Mujeres protagonistas en la historia del Tolima*, pp 125-158, editado por el Conservatorio del Tolima, 2006, y los artículos de Polidoro Villa y Antonio Melo en la Revista *Aquelarre* (2007). Gracias a Stella y Norma Valencia, hijas de Leonorcita y a Edna Boada Valencia por su disposición permanente para apoyar y responder a las miles de preguntas que les formulé.

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para desarrollar en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. Escriba una reseña de no más de diez líneas para presentar el personaje a alguien que no ha leído el texto; destaque en su escrito los rasgos que a su juicio son más relevantes porque definen mejor al personaje y constituyen un buen ejemplo para los jóvenes.
2. ¿Por qué cree que Leonor Buenaventura fue llamada la “novia de Ibagué”? ¿Qué sentimientos despertaba la ciudad en ella? ¿Qué problemas sociales son abordados en sus canciones?
3. En el texto se mencionan tres eventos importantes que estimularon el desarrollo cultural de Ibagué: la navegación por el río Magdalena, la llegada de extranjeros a la ciudad luego de la Segunda Guerra Mundial y la llegada de campesinos a la ciudad que huían de la Violencia. ¿Puede consultar por qué estos eventos ayudaron a consolidar la imagen de ciudad musical?
4. ¿Cuáles cree que fueron las razones por las que Leonor Buenaventura se refugió en la música? ¿Por qué Leonor Buenaventura relacionaba la música con la educación? De acuerdo con usted, ¿la música contribuye a mejorar la vida de las personas? ¿Por qué?
5. ¿Puede buscar algunas de sus composiciones y escribir sobre lo que piensa y siente al escucharlas? Pregúntele a padres o abuelos si recuerdan estas canciones. ¿Cree que la vida de Leonor Buenaventura contribuyó a consolidar la imagen de Ibagué como ciudad musical?